

LA CAMPANA DE LA LIBERTAD



PRO SOLIDARIDAD CON LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA AL SERVICIO DE LA DEMOCRACIA Y POR LA FRATERNIDAD DE LAS AMÉRICAS

Redactor Responsable: SEGUNDO BARREIRO
Administrador: RAUL FERNANDEZ
25 DE MAYO N° 722 — Teléfono: 9 24 57

Montevideo, Mayo de 1945

Año III — Núm. 11

Abril 13 de 1945.

—Excmo. señor Embajador de los Estados Unidos de América, Dr. don William Dawson.

Querido señor Embajador: Ha muerto Franklin Delano Roosevelt.

Sorpre... Asombro... Estupefacción... Anonadamiento!... Tal la gradación de nuestras sensaciones —sucedidas en vertiginosas metamorfosis— al recibir la infausta noticia.

Luego, el silencio... porque el verdadero dolor —el que cava hondo— jamás arranca a la víscera dolorida más que un sordo rumor.

El silencio luctuoso —manto de plomo de la congoja— sólo es interrumpido al oír en nuestras sienes el batir isócrono del pulso que parece acompañar el apagado golpear de las lágrimas en la tibia madre tierra.

Rompe el silencio "La Campana de la Libertad", para doblar a muerto por quien fuera el más alto Paladín de todas las Libertades, y dobla como una mayor incitación al dolor —en este pequeño país— por el Paladín del Derecho y de la Dignidad humana.



Si el dolor sella más firmemente la comunión de las almas, su país y el nuestro están, desde hoy, más cerca que nunca en los siglos de la Historia.

Rogámosle acepte el apretado abrazo de las condolencias.—JOSE JOAQUIN CANABAL, Presidente; Mario Dufort y Alvarez, Secretario.

PEQUEÑA SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Franklin Delano Roosevelt nació en Hyde Park, estado de Nueva York, el 30 de enero de 1882 y desciende de los primeros pobladores holandeses que vinieron a la América del Norte. Se graduó en la Universidad de Harvard y después de asistir a la Escuela de Derecho de la Universidad de Columbia, se le permitió ejercer su carrera en el estado de Nueva York.

Se inició en la vida pública al ser elegido senador de Dutchess County, Nueva York, en 1910. Fué reelegido para ese puesto en 1912 y en ese mismo año fué delegado en la Convención Nacional del Partido Demócrata, que eligió a Woodrow Wilson como candidato demócrata para la Presidencia.

En 1913, el joven Mr. Roosevelt fué nombrado subsecretario de la Marina y más tarde, en 1918, se hizo cargo de la desmovilización de los veteranos de los Estados Unidos, que regresaban de la Primera Guerra Mundial.

En la Convención Nacional del Partido Demócrata de 1920, Mr. Roosevelt fué elegido para Vicepresidente de los Estados Unidos, con James M. Cox, elegido como candidato a Presidente.

Después de su derrota, Mr. Roosevelt volvió a ejercer Derecho hasta que fué elegido gobernador del Estado de Nueva York en 1928, siendo reelegido para otro período de dos años en 1930.

En 1932 Mr. Roosevelt ganó la elección del Partido Demócrata para la Presidencia de los Estados Unidos y fué elegido por una abrumadora mayoría en las elecciones de noviembre de ese año. Su popularidad no

disminuyó cuando presentó su candidatura para un segundo período, en 1936, ganando la elección en 46 estados por más de 11.000.000 de votos.

Y en 1940, una vez más, desafiando la tradición, se presentó para un tercer período presidencial y derrotó a su contrario republicano, Wendell L. Wilkie, por un gran margen.

Mr. Roosevelt tenía una hija mujer, actual señora de Boettiger, y cuatro hijos varones, estos últimos en servicio activo en el Ejército, la Marina y la Infantería de Marina en la guerra contra la barbarie del "eje".

Su esposa Eleanor, tiene tanta fama como Mr. Roosevelt por su participación activa en el trabajo de las mujeres y su apoyo a las reformas sociales.

En 1944, aceptó la proclamación de su candidatura para ocupar, por cuarta vez, la Presidencia de los Estados Unidos. Su discurso de aceptación terminó con estas palabras que pronunció Lincoln en 1865, al fin de la guerra civil:

"Firmes en el camino recto, según nos lo hace ver Dios."

"Esforcémonos por terminar la labor en que estamos; curar las heridas de la Nación; cuidar a quien haya librado la batalla, a la viuda y al hermano; hacer todo lo que podamos para alcanzar y mantener una paz justa y duradera entre nosotros y con todas las naciones."

Fué elegido para un cuarto período y prestó el juramento correspondiente el 20 de enero de 1945.

Falleció el 12 de abril del mismo año mientras se hallaba tomando un descanso en Warm Springs (Georgia).

para la educación y la rehabilitación de la juventud de la nación, la revocación de la "ley seca", un vasto programa de obras públicas y proyectos gigantescos de obras hidroeléctricas y muchas otras reformas.

Con la amenaza de la agresión nazi-fascista del exterior, que se acrecentaba cada día más, el Presidente Roosevelt se dió perfecta cuenta de la situación. El 5 de octubre de 1937 pidió la cuarentena de las naciones agresoras, pero el espíritu de apaciguamiento que reinaba en su país y en el exterior dejaron de lado su propuesta. A pesar de sus muchas exhortaciones para el arreglo de las disputas internacionales por medios pacíficos, el "gangsterismo" del "eje" llevó al mundo más cerca de la guerra.

Dándose cuenta de que la catástrofe era inevitable, tomó medidas con el fin de hacer a América inexpugnable contra el ataque y extender la ayuda a las democracias amenazadas en el exterior.

A principios de 1933 pidió una Marina para los dos océanos y tomó la dirección para convertir a los Estados Unidos en el "arsenal de las democracias".

El aumento de la producción de armas y el adiestramiento militar obligatorio siguieron en rápida sucesión, viniendo después la ley de "préstamo y arrendamiento", por la que se les asignó a las repúblicas latino-americanas más de \$ 500.000.000; el cambio de 50 destructores muy necesitados por Inglaterra, por las bases británicas en este hemisferio, y las conferencias con Mr. Winston Churchill que llevaron a la promulgación de la Carta del Atlántico.

Cuando, finalmente, los Estados Unidos fueron atacados alevosamente por el Japón, en aquel funesto 7 de diciembre de 1941, fué el Presidente Roosevelt quien señaló el camino hacia la victoria, a una nación unida de la noche a la mañana, por la traidora puñalada japonesa.

Como interamericanista, el Presidente Roosevelt inició una nueva era en las relaciones de los Estados Unidos con sus hermanas las repúblicas del sur, cuando sustituyó la política de su país por la política del Buen Vecino. Sucesivamente esa política ha sido complementada por numerosas conferencias y acuerdos entre los Estados Unidos y las naciones hispanicas de América, que dan importancia a su comunidad de intereses como vecinos en este continente.

Entre ellas se encuentra la Conferencia de Montevideo del año 1933 que sentó el principio de la no intervención de ninguna nación en los asuntos internos de otra y el retiro de Haití de la infantería de marina estadounidense, en abril de 1934; la abrogación de la Enmienda Platt, tratados recíprocos de comercio entre los Estados Unidos y las otras repúblicas americanas, la conferencia de Buenos Aires, para el mantenimiento de la paz, en 1936, por la que se adoptaron medidas para la acción colectiva de los americanos, frente a la guerra; la conferencia de Lima y la de Río de Janeiro, que refirmaron la doctrina de la solidaridad americana contra la agresión del exterior y muchas medidas tomadas para fortalecer la economía y las defensas de las repúblicas americanas.

Breve análisis de la labor pública de Franklin D. Roosevelt

Franklin Delano Roosevelt, el trigésimo primer presidente de los Estados Unidos, durante 12 años de paz y de guerra ha guiado a este país a través de uno de los más turbulentos y críticos períodos de su historia.

Durante doce años el Presidente Roosevelt demostró su capacidad de estadista. Asumió la Presidencia el 4 de marzo de 1933, en una época en que los Estados Unidos sufrían depresión económica y grandes peligros sociales los amenazaban.

Las mismas cualidades que demostró al reunir a sus 135.000.000 de compatriotas para un ataque mancomunado contra los males internos, las puso en evidencia ocho años más tarde, cuando los llevó a la batalla contra enemigos del exterior.

Los 12 años de su administración se pueden dividir en cuatro fases: restablecimiento económico, reforma, defensa y guerra. En cada una de estas fases, el Presidente fué una figura dominante y en cada una de ellas reveló su capacidad para enca-

rar los problemas de filosofía económica y política, que pueden ser resumidos en su creencia de que el bienestar y el progreso de los Estados Unidos dependían del bienestar y el progreso del resto del mundo.

La fase del restablecimiento económico se caracterizó por un plan de medidas que sacó a la nación del estancamiento y la desesperación. Los sistemas monetarios y financieros fueron reorganizados; la desocupación extendida a todo el país se combatió con un programa de obras públicas y con ayuda de emergencia; los negocios y la industria fueron estabilizados por una adecuada legislación sobre métodos y precios y se protegió la agricultura con un programa de control de las cosechas y una moratoria a las obligaciones financieras.

Después vino la difícil tarea de consolidar y extender estas ventajas, corrigiendo los abusos existentes, mayor protección al trabajo, un programa de seguridad social, medidas

Sobre la fosa del Gran Conductor

El Homenaje de "LA CAMPANA DE LA LIBERTAD"

En el número anterior de esta publicación, tratando de traducir la profunda satisfacción que le producía a "La Campana de la Libertad" la exaltación a la primera magistratura de los Estados Unidos de América, por cuarta vez, de Franklin Delano Roosevelt, expresamos con alegría nuestro sentimiento de solidaridad con el pueblo norteamericano, por su decisión de mantener al frente de sus destinos a aquel extraordinario forjador de la democracia.

Hoy nuestro sentimiento de solidaridad con el pueblo estadounidense, si bien es el mismo en intensidad, los motivos que lo provocan son bien distintos, por cierto. Hoy nos domina un duelo y un pesar tremendos. El duelo abrumador, el pesar sin consuelo de haber perdido en un instante —en el instante de los más fervidos anhelos— lo que tanta alegría, tanta seguridad y tanta confiada esperanza, nos inspiraba con su hallago y presencia.

Nos cuesta repetir que el Presidente Roosevelt ha muerto; admitir que ya no está; resignarnos ante su pérdida. Nos cuesta, porque también nosotros creemos que nadie ha tenido el derecho de sobrevivir a este drama inmenso de la guerra, más que el Presidente Roosevelt.

Su muerte ha sido llorada —llorada, sí— en todos los tonos, por todos los hombres, por todos los seres esparcidos sobre la superficie de la tierra. Por las circunstancias en que ella se produjo, la Humanidad experimenta vivir su tragedia más grande y dolorosa.

Desde estas páginas —que "La Campana de la Libertad" dedica hoy a su memoria— también se levanta, para unirlo al coro unánime de la angustia universal, un clamor de consternación.

Aunque no se ha dicho todo lo que la grandeza de Roosevelt merece y la desgracia de su desaparición sugiere —porque para ello no alcanzarán los siglos—, se han levantado ya infinitas voces a cuya autoridad y elocuencia la modestia de la nuestra no podría ni siquiera acercarse. Preferimos el silencio. Allí estará nuestro mejor dolor. El mismo además silencioso con que, al enterarnos de la infausta noticia, empujamos con profundo abatimiento, hasta sellar la puerta de nuestra sede, para podernos quedar adentro con la soledad de nuestro duelo.

El homenaje visible de "La Campana de la Libertad", ren-

dido sobre la fosa del Gran Conductor que descansa para siempre en la hogareña tierra de Hyde Park, consistió sencillamente en esto:

Cerrar las puertas de su sede en señal de duelo y en señal del mismo duelo, abatir sobre su asta

Del Dr. Rodolfo Almeida Pintos

UNA ESTRELLA EN EL FIRMAMENTO DE LA HUMANIDAD

La gran verdad del pensamiento de Roosevelt radica en que todo lo sintió como un "deber": la libertad, el respeto, la fraternidad humana, la justicia.

Es mucho más verdadero y hermoso tener todo eso como un deber que como un derecho; como una cosa que se da, que como una cosa que se pide.

Por eso el pensamiento y el espíritu de Roosevelt batió sus alas sobre el Continente y juntó en uno solo el cerebro y el corazón de América. Y por eso cruzó los mares y fué bofetada en el rostro de los tiranos y fué mano tendida al dolor del mundo.

Muchas veces, contemplando en las noches una estrella, suelo preguntarme: ¿será que aún existe? Porque la luz tarda cientos o miles de años en llegar a nuestras pupilas, y acaso ese astro que ahora contemplo, hace ya siglos que se apagó.

Y bien: en este firmamento que la Humanidad despliega a nuestra vista, y en el que cada uno cumple la ruta marcada por la órbita de sus destinos, acaba de desaparecer un astro de primera magnitud. Pero era tan viva la luz de su pensamiento, que pasarán los meses, y los años y los siglos, y un mundo nuevo surgirá de entre los escombros humeantes de esta gran tragedia; y los hombres, las mujeres, los niños, los ancianos y los jóvenes, iguales o distintos a los de ahora, seguirán percibiendo el fulgor espiritual de Franklin Delano Roosevelt, que a través del espacio y del tiempo —como la estrella— aun sin ser, seguirá siendo.

el pabellón de la patria; presentar sus condolencias, por intermedio de nuestro Presidente, Dr. José Joaquín Canabal, al digno representante de la Nación Norteamericana, ilustre Embajador don William Dawson; telegrafiar urgentemente al Departamento de Estado en Washington, pidiéndole encarecidamente al distinguido amigo de esta casa, Dr. Albert Franklin, que se dignase representar oficialmente a nuestra Institución en todos los actos derivados del deceso del Gran Presidente; adherir a los actos populares y oficiales realizados en el Uruguay y exhortar por la prensa a nuestros afiliados a proceder de la misma manera; dirigirse al señor Embajador en los sentidísimos términos que informa la transcripción que hacemos en nuestra primera página; editar este número extraordinario de nuestro Boletín Social.

En estos momentos, además, merced a la generosidad solidaria de la Unidad Estadounidense de la Cruz Roja Uruguaya y de la Asociación Americana, en un esfuerzo sin precedentes al respecto, estamos realizando la reproducción, en grandes proporciones y de un noble valor artístico, de un precioso cuadro al óleo del gran Paladín de la Libertad, desaparecido. Dentro de breves días nuestros asociados —a todos los cuales obsequiaremos con un ejemplar— tendrán oportunidad de apreciar la significación de este nuevo homenaje de nuestra Institución al insigne demócrata cuyo luminoso espíritu le sirvió de numen inspirador.

Esto, en cuanto a los homenajes visibles e inmediatos de nuestra Asociación. Porque además de todos ellos, por encima de todos ellos, más allá de su origen y desde zonas más altas, más puras y más vastas que las de su realización, "La Campana de la Libertad", fiel al héroe supremo de su credo, al magnífico soldado, al gigantesco luchador por los sublimes ideales de la Humanidad, empleará el máximo de sus energías, se buscará en sí misma nuevas y vibrantes fuerzas, aplicará su mejor tesón, su más pujante voluntad, el total caudal de su devoción honda y conmovida, para ofrendarlo solemnemente —esto, sí, como su recóndito homenaje a Franklin Delano Roosevelt— en aras de la grandeza de los sueños que encendieron la vida toda de aquel genio inmortal.

La carta que ROOSEVELT nos escribió

Cuando nos dieron la noticia de su muerte tuvimos la verdadera y real impresión de lo que valía la carta que Roosevelt nos escribió.

No sólo —y también por eso— porque su noble mano ya no volverá jamás a firmar carta alguna, sino porque, leyendo las crónicas de sus momentos postreros, tuvimos la noción exacta y verdadera de sus métodos de trabajo y como consecuencia, que nada que llevara su firma autógrafa, escapaba en su forma y contenido al grande hombre.

Es de todos conocido su momento final.

En su pequeño paraíso de Warm Springs, donde había ido en busca de reposo, Roosevelt posaba para una artista rusa, Mme. Shoumaloff.

Pero como el guerrero de la estrofa cervantina cuyo descanso era pelear, el descanso de aquel hombre infatigable era labor y trabajo.

Cuenta la artista, que en hora muy temprana concurría a bosquejar los rasgos de su cabeza prócer. Se le había concedido pocos momentos de pose y éstos los aprovechaba el presidente para leer y analizar la correspondencia que se le presentaba esparcida en una mesa volante colocada delante de su sillón.

Se sabe ahora que leía y formaba con cuidadosa atención su correspondencia, como leía y formaba en igual forma —y eso hacía en sus últimos momentos— los nombramientos administrativos más humildes. El hombre que tenía sobre sí el peso de una guerra de titanes y la responsabilidad del gobierno de una poderosa nación, el hombre que con su firma movilizaba cifras astronómicas de dólares o cifras millonarias de soldados, sabía disponer de su tiempo y atención para pequeños nombramientos, o petitorios o citaciones para la Casa Blanca.

Como era verdaderamente grande, nada había de minúsculo para él.

Por seguro que su golpe de vista abarcaba en un relámpago el asunto que se le ponía por delante y en un relámpago también sabría captar su esencia.

Y así habrá ido un día a su mesa de labor, con el padrinazgo cordial de ese gran amigo de "La Campana de la Libertad" y de nuestra querida patria que es el Embajador Dawson, la síntesis de nuestros postulados, con todo

THE WHITE HOUSE
WASHINGTON

September 9, 1942

My dear Dr. Iglesias Castellanos:

Ambassador Dawson has informed me of the excellent work that is being done by La Campana de la Libertad under your able direction, and he has told me of your courteous and friendly wish that I should become a member of your organization.

I believe that the work which is being done by La Campana de la Libertad is very useful in the development of the defenses of the American Republics against the very real threat to their democratic institutions. While I have found it necessary to maintain the personal policy of not becoming formally affiliated with any particular organizations or groups among the citizens of the many countries that are now striving to preserve the democratic way of life, I sincerely appreciate your suggestion that I become a member of your organization.

You may be sure that I wish La Campana de la Libertad every success in its efforts.

Very sincerely yours,



Señor Doctor Don Alberto Iglesias Castellanos,
President, La Campana de la Libertad,
Montevideo, Uruguay.

TRADUCCION.—Setiembre 9, 1942.—Mi querido Dr. Iglesias Castellanos: El embajador Dawson me ha informado de la excelente labor que está efectuando "La Campana de la Libertad" bajo su capacitada dirección, y me ha comunicado su cortés y amistoso deseo de que yo me hiciera miembro de su organización. Creo que la labor que está llevando a cabo "La Campana" es muy útil en el desarrollo de la defensa de las repúblicas americanas, contra la muy cierta amenaza a sus instituciones democráticas. Aunque me es necesario mantener una norma de no afiliarme a organización alguna en particular o a grupos de ciudadanos, de los muchos países que están ahora esforzándose por mantener la manera democrática de vida, aprecio sinceramente su sugestión de que yo sea miembro de su organización. Puede usted estar seguro de que deseo a la institución "Campana de la Libertad" el mejor de los éxitos en sus esfuerzos. Muy sinceramente de usted, **Franklin Delano Roosevelt.**—Señor Doctor Don Alberto Iglesias Castellanos, Presidente de "La Campana de la Libertad", Montevideo, Uruguay.

lo que ellos dicen de nuestra simpatía por los Estados Unidos y la política fraternal de las Américas, y junto a ellos el respetuoso deseo de vincularlo a nuestra obra.

Y sus ojos claros y zahorís se habrán posado sobre el petitorio, su mente rápida habrá captado seguramente todo lo que hay de idealista en "La Campana" y el firme y recto sentido que la guía hacia la buena amistad con la gran vecina del norte y con todas las otras hermanas del hemisferio.

Y Roosevelt nos escribió en su carta:

"Creo que la obra que está realizando "La Campana de la Libertad" es muy útil en el desarrollo de las defensas de las repúblicas americanas contra la real y verdadera amenaza a sus instituciones democráticas."

Y luego:

"Puede Vd. estar seguro que deseo a "La Campana de la Libertad" el mayor éxito en sus esfuerzos."

Tal nuestro galardón. Tal nuestra íntima satisfacción por haber enfrentado en una lucha sin miedo, los momentos de dudas y dificultades. Tal nuestra exultante alegría actual por haber contribuido material y espiritualmente en una medida modesta pero sincera y entusiasta, al logro de esta hora en que vivimos con el deslumbramiento del triunfo de la gracia alada de Ariel sobre la barbarie estulta de Calibán.

Y la carta que Roosevelt nos escribió ligará "La Campana de la Libertad" para siempre jamás a su memoria esclarecida.

Alberto Iglesias Castellanos.

«LA CAMPANA DE LA LIBERTAD», EN SALVAGUARDA DE LOS IDEALES QUE DEFIENDE

ELOGIOSA NOTA DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DECRETO DEL PODER EJECUTIVO

Montevideo, abril 5 de 1945.—Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, Ing. Don José Serrato.—Presente.

José Joaquín Canabal y Mario Dufort y Alvarez, Presidente y Secretario, respectivamente, de la Institución «La Campana de la Libertad», venimos a exponer ante el señor Ministro lo resuelto por la Comisión Directiva de la Institución que representamos, en la sesión verificada el día 4 del corriente mes.

Se consideró en dicha sesión la posición de nuestro país con respecto a las naciones aliadas que luchan por la democracia y la libertad del mundo, conviniéndose en que desde los primeros instantes de la conflagración, pueblo y gobierno, en una armónica y estrecha resolución, se han manifestado sincera y lealmente solidarizados con dichas naciones en guerra contra las potencias del Eje. Tanto teórica como prácticamente, no se dejó pasar oportunidad alguna sin ratificar, con hechos o expresiones diversas, tales pruebas de adhesión. En la doctrina, sobre todo, el pueblo uruguayo, siguiendo con fidelidad a sus gobernantes, se ofreció como modelo de pueblo esencialmente democrático y decidido paladín de las libertades del hombre.

El país aparece suscribiendo con decisión ejemplar, el texto de todas las Declaraciones y Resoluciones tendientes a extirpar del hemisferio los focos de elementos inspirados por el Eje o sus satélites, empeñado en impedir la obtención o recobración de posiciones ventajosas que puedan perturbar o amenazar la seguridad o bienestar de la República. Últimamente, vigorizando al sumum tales decisiones, se declara en estado de guerra con Alemania y Japón y adhiere al Acta de la Conferencia de Chapultepec, afirmando resueltamente las posiciones que le corresponden como miembro de la Unión Panamericana y elemento saliente de la homogeneidad y solidaridad continental.

La Comisión Directiva de «La Campana de la Libertad», luego de considerar la posición del país en concordancia con los términos que anteceden —como consecuencia de sus alcances y encarando uno de los aspectos derivados de su actual posición internacional— ha juzgado de su deber someter a la ilustrada y excepcionalmente autorizada consideración del señor Ministro, su criterio respecto a la existencia de personas naturales o jurídicas que, desarrollando sus actividades en el territorio nacional, son sin embargo enemigas de la nación. Son enemigas de la seguridad y de los intereses de la nación uruguaya, por sus vinculaciones interesadas y solidarias con gobiernos enemigos de nuestro país, con gobiernos de países contra los cuales el nuestro se encuentra en estado de guerra.

Dichas vinculaciones, que en muchos casos son públicas y notorias, configuran una verdadera calidad de agentes del Eje. En algunas circunstancias —cuando se trata de empresas comerciales, por ejemplo—, el potencial económico de que disfrutan —a veces propio y otras veces facilitado, por convenirle a sus planes,

por los gobiernos totalitarios a quienes responden— las constituye en un poderosísimo factor de influencia subversiva, que requiere ser extirpado cuanto antes, no sólo porque se desarrollan al servicio del enemigo, en beneficio de sus planes de dominación, y en peligro de nuestro suelo, sino porque ello ha sido expresa y reiteradamente convenido, en compromisos solemnes, con los demás países de la Unión Panamericana.

«La Campana de la Libertad» tiene el deber de adoptar la actitud que informa esta exposición que elevamos al señor Ministro. Su fecunda acción realizada desde la fecha de su fundación en diciembre de 1941 —desposeída en absoluto del menor sentido utilitario, pura y exclusivamente idealista—, ha tenido y tiene por fin la defensa y cumplimiento de los siguientes postulados:

- 1º Solidaridad con los Estados Unidos de América en su lucha por la Libertad, el Derecho y la Democracia;
- 2º Fraternidad entre los pueblos de las Américas; y
- 3º Defensa de los ideales democráticos.

Profundamente identificados con estos principios, hacen posible su desarrollo y observancia varios millares de ciudadanos de todas las clases sociales, afiliados a nuestra institución.

El fervor de hombres libres y democratas que mantiene a nuestros socios congregados en torno a nuestra insignia desde la fecha de nuestra fundación, en esta oportunidad nos es grato recordar que poco tiempo después halló un eco de soberbias resonancias en las propias palabras del señor Ministro a quien nos dirigimos, cuando expresó lo siguiente:

«Nos hallamos frente a una hora de decisión y de prueba, en la que los pueblos del hemisferio, fieles al sagrado mandato de sus héroes y de sus próceres, y a las voces que vienen de su historia, y a las consignas que surgen de sus muchedumbres, deben unirse para afianzar el culto por la gran causa humana del derecho, y rendir el homenaje de su solidaridad a todas las naciones americanas en guerra con potencias extracontinentales agresoras, y a todos los países que en las tierras, los mares y los cielos del mundo, defienden con abnegación y denuedo sus mismos ideales fundamentales y comunes.»

El espíritu idealista y solidario que trasuntan las brillantes palabras transcriptas, constituye la única fuerza que anima esta actitud de «La Campana de la Libertad» que nosotros, en su representación, nos honramos tratando de traducirla ante el señor Ministro.

Es, pues, por consecuencia a los ideales que sustenta, por lealtad hacia los principios que defiende, y por la seguridad que tiene de interpretar el sentir y el anhelo íntimo de sus afiliados, que nuestra Institución ha juzgado de su deber dirigirse al señor Ministro, sometiéndole a su consideración la situación de las personas naturales o jurídicas enemigas del país. Enemigas porque son amigas

de nuestros enemigos en guerra, al servicio de sus planes y en contra de nuestras más caras aspiraciones nacionales.

Aprovechamos para saludar al señor Ministro con nuestra consideración más distinguida.—Dr. José Joaquín Canabal, Presidente; Mario Dufort y Alvarez, Secretario.

CONTESTACION

DEL M. DE RELACIONES EXTERIORES

Ministerio de Relaciones Exteriores.

—Montevideo, abril 14 de 1945.—

Señor Dr. D. José Joaquín Canabal, Presidente de la Asociación «La Campana de la Libertad».

Señor Presidente: Tengo el agrado de acusar recibo de su comunicación, fechada el 5 del corriente, por la que usted, refiriéndose a las decisiones tomadas últimamente por nuestro país en materia de política internacional, hace una interesante enumeración de los propósitos que animan la acción de «La Campana de la Libertad», que tan dignamente preside, y expone el criterio de sus actividades directivas, respecto de la existencia de personas naturales o jurídicas que desarrollan sus actividades en territorio nacional y, por sus vinculaciones con gobiernos de países con los que el Uruguay se encuentra en guerra, deben considerarse enemigos de la República.

En respuesta, y al expresarle que he leído con toda atención la comunicación aludida, quiero significar a usted la complacencia con que me impuse de su contenido, que pone de relieve, una vez más, los nobles sentimientos patrióticos y democráticos que inspiraron la creación de la entidad de referencia y sirven de guía a su acción.

Saludo al señor Presidente con las seguridades de mi alta consideración.—Por el Subsecretario Encargado del Despacho: *Alfredo Pacheco*, Director de Secciones, en ejercicio de la Dirección General.

DECRETO DEL PODER EJECUTIVO

Ministerio del Interior. Ministerio de Relaciones Exteriores. Ministerio de Hacienda. Ministerio de Defensa Nacional. Ministerio de Obras Públicas. Ministerio de Ganadería y Agricultura. Ministerio de Salud Pública. Ministerio de Industrias y Trabajo. Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. Montevideo, mayo 4 de 1945.

Artículo 1º Decláranse intervenidas y sometidas al contralor de los funcionarios que designe el Poder Ejecutivo, las empresas siguientes: Staudt y Cía. (Unitas S. A. U.); Anilinas Alemanas, S. A.; Sociedad Tubos Mannesmann; «Albingia», S. A.; Consal Limitada; Banco Alemán Transatlántico; La Germano Argentina; Mannheimer Versicherung A. G.; «GEOPE» (Cía. General de Obras Públicas); Siemens Baunnon; Eugenio Barth y Cía.; La Química Bayer; Weskoot y Cía.; Productos Farmacéuticos Schering; Lahusen y Cía.; Ernesto Quineke, S. A.; Yamada y Cía.; Matsutaro Omura; Curt Berger y Cía. Ltda. (Exito S. A.); Bernitt y Cía.; Dyckerhoff y Widemann, S. A.; Eugenio Pies; Otto Rabe y Cía.

Art. 2º Dése cuenta a la Asamblea General.

Art. 3º Comuníquese, etc. — Amézaga, Juan J. Carbajal Victorica, Eduardo Albanell Mac Coll, Héctor Alvarez Cina, Gral. de División (R.), Alfredo R. Campos, Tomás Berreta, Luis Mattiauda, Arturo González Vidart, Javier Mendivil, Adolfo Folle Juanicó.

El Gran Señor de la Casa Blanca

por el

Profesor Paúl F. Schurmann

Varios días ya se fueron desde el instante en que Franklin Roosevelt penetró en el eterno e infinito pasado...

Nuestro dolor —rebelde al destino— se empecina en mantener dentro del presente vivo y angustioso, a aquel enérgico luchador, cuyos gestos y cuyas palabras, cuyos pensamientos y cuyos actos eran como los mismos latidos de nuestra actualidad.

Estas mismas palabras que escribo, no responden sino al ilusorio y vano anhelo de retener algunos instantes más, en el seno de la humanidad enloquecida y desgarrada, a ese hombre sereno, de esencial sabiduría y de infinitos ideales.

Tal vez sea superfluo agregar lamentos y oraciones, sobre todo aquí, en este privilegiado rincón de tierra americana, en este rico semillero de libertad, donde brotó tan espontánea floración de homenajes y ofrendas a la querida y venerada figura del ilustre hermano americano.

Más elocuente que las palabras, tal vez fuera un recogido silencio...

"Seul le silence est grand, tout le reste est faiblesse..."

"Sólo cuadra el silencio a la muerte; vil flaqueza es todo lo demás..."

Lo sentimos así recordando el acto más emotivo aún que las ceremonias solemnes... el acto del silencioso y profundo estupor del pueblo uruguayo, ante el grito doloroso y sorpresivo con que el telégrafo anunció la muerte del héroe sublime.

Pero el hombre no tiene suficiente fortaleza de alma para mantenerse largo tiempo en la recia y estoica actitud del silencioso recogimiento. Debe mecer su pena en el arrullo de las palabras...

En el dolor, lo que más se teme es la soledad...

Es por esto que nos reunimos... para decirnos que nos sentimos hermanados por haber llorado juntos la muerte de aquél, que tan perfectamente simbolizaba nuestro común amor por la Libertad, nuestra fe común en el Derecho... aquél, cuya muerte en pleno calvario de la guerra le concede rasgos divinos de crucificado.

Acallando sus llantos de amor, la primera dama de América, estoica matrona de clásica estirpe romana, la señora Roosevelt logró afirmar que su pena mayor era la que compartía todo el pueblo americano por la pérdida del presidente...

Nosotros no nos sentimos sumisos a tan duro deber. Podemos proclamar con emocionada sinceridad, que nuestra angustia no tiene como causa esencial la desaparición del sabio estadista, del preclaro político, del jefe insustituible de una de las mayores fuerzas aliadas.

Podemos confesar que nos domina el dolor irrazonado, íntimamente personal y carnal, que estalla incontenible ante la muerte de un ser querido.

Lo que fué herido no fué simplemente "el buen sentido popular", ni "la intuición de las masas", ni "el interés colectivo"...

Lo que este pueblo —y todos los pueblos libres de la tierra— sintieron desgarrarse, fué su amor... sencillito y profundo... por un hombre... un hombre cumbre, un hombre noble, un hombre bueno.

Es que Roosevelt tanto se había adentrado en el corazón de la humanidad que, en los primeros instantes, el sentimiento mundial, hondamente conmovido, mantuvo en suspenso al pensamiento colectivo.

No era, en esos instantes, el consciente análisis de su gigantesca obra construida con actos trascendentales y preceptos, doctrinas y principios fundamentales, lo que midió la magnitud de nuestro desconuelo. Sólo era nuestra congoja ante los restos mortales del hombre, del glorioso inválido cuya misma invalidez era símbolo de grandeza, porque su bondad era el calor, su inteligencia la luz... y ambas triunfaban, radiantes, sobre el obstáculo inerte de la triste materia.

Lloramos, sin buscar ni razón ni causa, a la admirable figura del Apóstol del Derecho... recordando cómo (pocas horas antes) extendían caricias protectoras sobre la humanidad, los grandes gestos de sus brazos extendidos y de sus manos expresivas y cordiales.

Lloramos, recordando cómo (pocas horas antes) la tenaz firmeza y la cálida virilidad de su voz, infundían confianza, esperanza,

optimismo y energía en los corazones más atribulados, en los espíritus más pusilánimes.

Lloramos, recordando cómo (pocas horas antes) su sola existencia era, para el mundo entero, claro gesto de serenidad y de fe, de certeza y de voluntad.

No tenemos por qué callar nuestro dolor, nuestro desasosiego, nuestra angustia, nuestro desamparo.

Después de tantos meses en que debimos someternos —espíritu y corazón— a un duro régimen de resignación que tantos —oh, tantos!— llevaron hasta el heroísmo... después de haber aprendido a resistir a todos los golpes, reteniendo lágrimas y llantos y gritos de indignación, apretando los puños y los dientes para no esbozar el gesto, ni proferir la palabra que traicionaran nuestra voluntad y denunciaran nuestros temores... después de ese largo suplicio de ruda continencia, ahora, cuando los signos precursores de la Victoria nos traían por fin alivio y descanso, se adelantó al ansiado anuncio del triunfo y de la paz, el cruel y fatídico mensaje que sembró en la tierra unánime congoja.

Y, poco a poco, con el paulatino regreso de las ideas, cada vez más reflexivas y coherentes, medimos, con mayor precisión, las reales proporciones de nuestra desgracia.

Recordamos...

Recordamos cómo, en la hora trágica del mayor desaliento, en medio del caos y del derrumbe, bajo el incontenible alud de la barbarie, un hombre —mágico catalizador de la voluntad y de la fe desconcertadas y dispersas... un hombre —expresión y símbolo de las fuerzas espirituales y tradicionales de un enorme y armónico concierto de pueblos, hermanados en el peligro y en la afrenta...— un hombre... Winston Churchill, estaba erigido solo, en medio de la guerra.

Pero, allá lejos, más allá de los mares, un hombre de su misma estirpe, lo contemplaba y lo admiraba.

El también cumplía con un arduo deber...

Antes de poder alistarse en la santa cruzada de la guerra, él debía ganar sobre su propio pueblo una clara y decisiva batalla.

Triunfó, amplia y gloriosamente, y el mundo entero se estremeció de esperanza, cuando estrecharon sus manos Churchill y Roosevelt.

Ese admirable binomio —combinado perfecto, cuya mágica fórmula creó la Provi-

dencia para salvar al mundo— ese binomio (vuelto trinomio por la integración de Stalin...) acaba de ser disuelto por misterioso designio del destino, y reina en el mundo una profunda y justificada angustia.

Sabemos que Roosevelt deja en su lugar, cumpliendo con su misión, la voluntad de América, que él animó con su energía y alentó con su inspiración.

Sabemos que América cumplirá los rectos dictados de la conciencia colectiva cuyo forjador, descubridor o guía fuera Roosevelt...

Pero pensamos en los soldados de América... que, lejos de su patria enlutada, llevan en tierra enemiga los luminosos jalones del imperio de la Libertad.

Prosiguen sin desfallecimiento su obstinado y alucinado impulso; nada detendrá su impacto... pero esa masa gigantesca de energía y voluntad se mueve en una bruma de tristeza...

Cada hombre siente un vacío en el espíritu, un peso en el corazón... Saben que, en su tierra lejana y amada, desapareció el Padre, el Protector, aquella figura humana en que ellos concentraban las sublimes abstracciones de Patria y Humanidad.

Saben que, en el desfile de la Victoria, ya no se extenderá sobre ellos en gesto de consagratoria gratitud y de bendición laica, la mano noble y fraternal del Gran Señor de la Casa Blanca.

A todos los hombres libres de la tierra nos embarga la misma pena. Sabemos que, mañana, bajo el sol de la Victoria, una bruma empañará nuestra luminosa alegría.

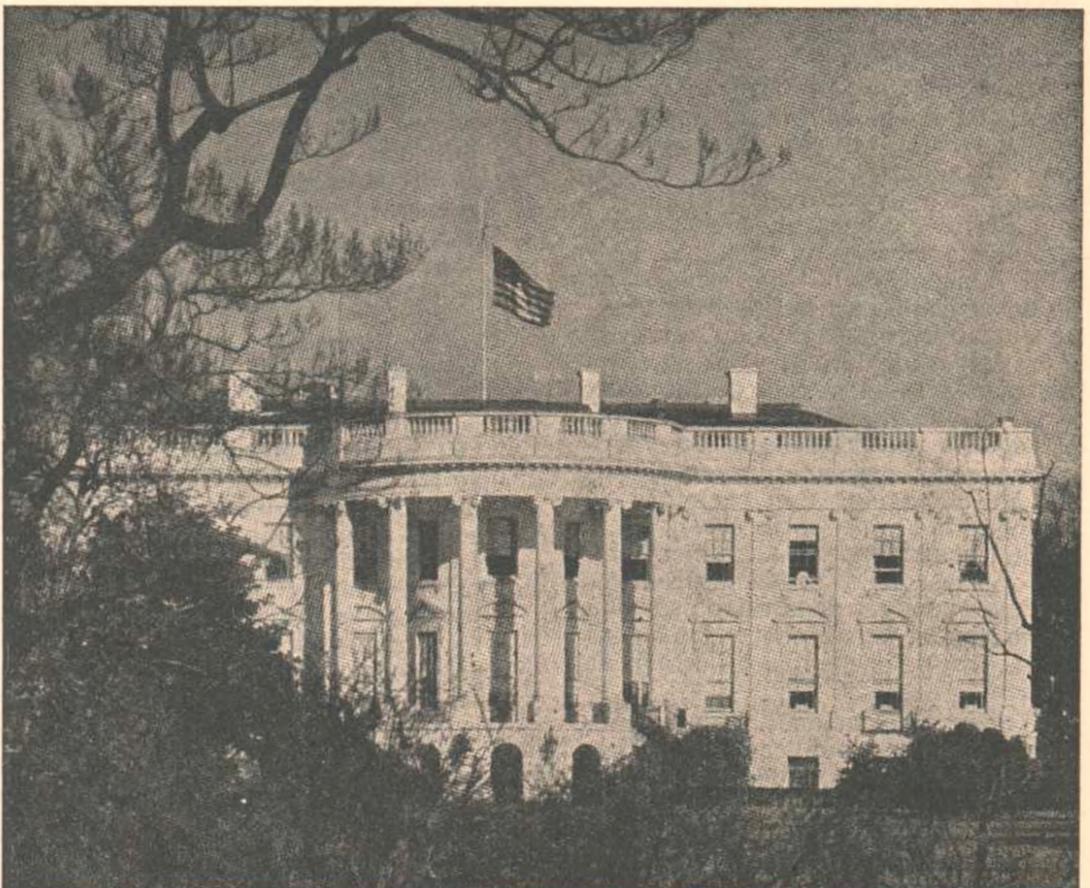
Sabemos que, en un gesto incontenible, dirigiremos todas las miradas hacia un lugar vacío... el lugar donde esperábamos contemplar la amplia y triunfal sonrisa de Franklin Delano Roosevelt.

Hacia él, irá nuestro cariño ardoroso, hacia él, nuestra gratitud infinita, y de todos los corazones brotará una fervorosa plegaria:

"Señor de la Casa Blanca... haz que perdure para siempre en la tierra, la Paz y el Derecho, redivivos por la divina resurrección de tu victoria..."

"Y puedan las generaciones sucesivas seguir bendiciendo tu nombre, al saborear su espíritu el pan blanco de cada día: la Libertad..."

"Por los siglos de los siglos, Amén!"



La Casa Blanca.

Franklin D. Roosevelt

**PRESIDENTE POR CUARTA VEZ
DE LOS ESTADOS UNIDOS**

Histórica toma de posesión

Al tomar posesión de la presidencia de los Estados Unidos por cuarta vez consecutiva, Franklin Delano Roosevelt expresó la esperanza y la aspiración que abriga la humanidad, de vivir en un mundo donde reinen la paz y el progreso.

En el discurso que pronunció al efecto el 20 de enero de 1945, se hallaba implícita la promesa que hizo la primera vez que tomó posesión de la

año 1865, durante la Guerra de Secesión.

En el mismo acto —según se observa en la fotografía que reproducimos— se hallaba presente su actual sucesor, el señor Harry S. Truman.

De los cuatro hijos de Roosevelt, todos los cuales prestan servicio militar en diversos frentes de combate, sólo asistió a la ceremonia el Coronel James Roosevelt, que se encuentra al lado de su ilustre padre.

es recordar que la propia civilización siempre tiende a ascender; que una línea que se traza por el centro de las cumbres y los valles de los siglos siempre tenderá a subir”.

Nuestra Constitución de 1787 no era un instrumento perfecto, ni lo es aún. Sin embargo, suministró una base firme sobre la cual hombres de todas clases, razas y credos, pudieran edificar nuestra sólida estructura de la democracia.



El Presidente Roosevelt saluda a la concurrencia. De izquierda a derecha: el Vicepresidente, señor Truman; el Presidente Roosevelt; su hijo, el Coronel James Roosevelt, y Monseñor John A. Ryan, quien impartió la bendición en el acto.

presidencia, hace doce años, la promesa que fué uno de los grandes anhelos de su existencia plena de anhelos grandiosos: adoptar la política del Buen Vecino como base fundamental de las relaciones de la nación con el mundo entero.

Fué un discurso breve, de profundo y noble aliento, como todas sus producciones, donde el insigne luchador, con pocas palabras, según cuadraba a las dramáticas circunstancias en que debió pronunciarlo, volcó una vez más sobre su digno pueblo, la ardiente fe en el triunfo que encendía su corazón sereno, su temple de conductor irremplazable, su hondo concepto de la solidaridad humana, su amor por la especie y la valerosa reciedumbre de su espíritu genial.

La ceremonia de la toma de posesión, celebrada en la ciudad de Washington, fué asimismo breve y sencilla, en armonía con la austeridad que impone la guerra. En lugar del gran desfile y de las festividades tradicionales, en las cuales solían participar centenares de miles de personas, el Presidente dispuso que el acto revistiera la mayor sencillez posible y tuviera lugar en la Casa Blanca, la residencia presidencial, en presencia de unas cinco mil personas solamente, las cuales se congregaron en el pórtico del sur y en los prados contiguos.

Fué aquella la segunda vez que el Presidente de los Estados Unidos tomaba posesión del cargo en tiempo de guerra. La primera fué cuando Abraham Lincoln asumió la primera magistratura por segunda vez, en el

He aquí ahora el discurso presidencial a que hacemos referencia:

En la actualidad tanto nosotros como nuestros aliados atravesamos un período de prueba sin precedentes. Están en juego nuestro valor, nuestra determinación, nuestra prudencia y la esencia de nuestra dignidad.

Si ante esa prueba nos comportamos honrosa y gallardamente habremos desempeñado una misión de importancia histórica, a la que rendirán culto hombres, mujeres y niños en todos los tiempos.

Al encontrarme hoy aquí, después de haber prestado solemne juramento en presencia de mis compatriotas y de Dios, sé que esta nación está resuelta a no fracasar.

En los días y en los años que han de venir trabajaremos por lograr una paz justa y duradera, del mismo modo que hoy trabajamos y luchamos por obtener la victoria total en la guerra. Podemos lograr esa paz, y la lograremos.

Nos esforzamos por llegar a la perfección. Ciertamente que no la alcanzaremos de inmediato, pero seguiremos tratando. Tal vez cometamos errores, pero que éstos no sean jamás resultado del abatimiento del espíritu, ni de la renuncia de nuestros principios morales. Recuerdo que mi maestro de escuela, en días que parecían serenos y libres de preocupación, decía: “En la vida no todo transcurre placenteramente. Así como a veces nos elevamos, nos parece de pronto que todo gira en torno nuestro, y comienza el descenso. Lo importante

En este año de guerra de 1945 hemos aprendido, a costa de tremendos sacrificios, lecciones que nos serán muy provechosas.

Hemos aprendido que no podemos vivir solos en la paz; que nuestro propio bienestar depende del bienestar de otras naciones remotas. Hemos aprendido que hay que vivir como hombres y no como el avestruz o el perro del hortelano.

Hemos aprendido a ser ciudadanos del mundo, miembros de la comunidad humana. Hemos aprendido la verdad sencilla que encierran las palabras de Emerson: “La única manera de tener amigos, es serlo”.

No podremos alcanzar una paz duradera si la afrontamos con sospecha, y desconfianza, y temor. Sólo podremos alcanzarla si procedemos con comprensión; confianza; y valor nacidos de la convicción.

El Todopoderoso ha derramado muchas bendiciones sobre nuestra nación. Ha dado a nuestro pueblo valentía de corazón, y brazos fuertes con que asestar golpes vigorosos por la libertad y por la verdad. Ha dado a nuestra patria la fe que se ha convertido en esperanza de todos los pueblos de un mundo sumido en la angustia.

Elevamos hoy nuestras preces a Dios para que ilumine nuestra ruta, para que nos guíe por la senda que conduce a una vida mejor no sólo para nosotros, sino también nuestros semejantes, y nos lleve a cumplir Su voluntad de que haya paz en la tierra.

Una ORACION por la Libertad

Cuando los soldados de los ejércitos aliados desembarcaban en Europa, el Presidente Roosevelt dió al país la siguiente oración:

Compatriotas: En esta hora crítica, os pido que os unáis conmigo en oración.

Dios todopoderoso: nuestros hijos, orgullo de nuestra nación, han iniciado en este día una ardua empresa, la lucha para preservar nuestra república, nuestra religión y nuestra civilización, y para librar a la humanidad doliente.

Guíalos en rectitud y verdad, da fuerza a sus armas, valor a sus corazones y firmeza a su fe.

Ellos necesitan de tu bendición. Su camino será largo y duro. El enemigo es fuerte, y puede hacer retroceder a nuestras fuerzas. El éxito tal vez no venga con rapidez, pero volveremos una y otra vez; y sabemos que, con tu gracia y estando la justicia al lado de nuestra causa, nuestros hijos triunfarán.

Ellos no suspiran sino por ver el fin de la lucha y por regresar a sus hogares. Algunos no regresarán. Da

a éstos el abrazo de padre, y recíbelos, tus heroicos servidores, en tu reino.

Y a nosotros que permanecemos aquí —padres, madres, hijos, esposas, hermanas y hermanos de esos valientes que están en ultramar, y cuyos pensamientos y súplicas están siempre con ellos— ayúdanos, oh Dios omnipotente, para consagrarnos de nuevo a ti con renovada fe en esta hora de grandes sacrificios.

Muchos me han instado que invite a la nación a dedicar un día a rogativas especiales. Pero como el camino es largo y el deseo es grande, yo pido a nuestro pueblo que se dedique a la oración incesantemente. Al levantarnos cada día y también al terminar el día, que las palabras de una oración estén en nuestros labios, rogándote que ayudes nuestros esfuerzos.

Danos fuerza también en nuestros quehaceres diarios para redoblar la contribución que prestamos en el apoyo físico y material de nuestras fuerzas armadas.

Y haz que nuestros corazones se mantengan firmes, para esperar en

el largo camino, para llevar con paciencia las tristezas que nos vengan, para infundir ánimo a nuestros hijos dondequiera que se hallen.

Y, oh Señor, danos fe. Danos fe en ti; fe en nuestros hijos; fe en los demás; fe en nuestra cruzada. No permitas que flaqueen los anhelos de nuestro espíritu.

No permitas que los acontecimientos diarios, que las cosas temporales, que los momentos fugaces nos aparten de nuestro propósito.

Con tu bendición, prevaleceremos sobre las fuerzas despiadadas de nuestro enemigo. Ayúdanos a vencer a los apóstoles de la avaricia y de la arrogancia racial. Condúcenos a la salvación de nuestro país, y con nuestras naciones hermanas a un mundo unido que signifique una paz segura, una paz invulnerable a las maquinaciones de hombres viles; y una paz que conceda a todos los hombres vivir en libertad, recogiendo la recompensa justa de su honesto trabajo.

Oh Dios todopoderoso, hágase tu voluntad.

Amén.

¡ V I C T O R I A !

Cuando estamos confeccionando este número extraordinario en homenaje al ex Presidente de los Estados Unidos, se produce la derrota de Alemania, hora que él esperaba y no vió llegar.

Tenemos ya llenas todas nuestras páginas del aliento de NUESTRA VENERACION A SU GRANDEZA. No disponemos, pues, de espacio en ellas, ni tenemos sitio en nuestra alma, más que para exclamar lo siguiente:

**En la hora de la VICTORIA, la conciencia del mundo te tiene presente,
¡OH, GRAN CONDUCTOR!**